

TACTICA Y TECNICA*

Jano

INTRODUCCION

Entre la estrategia, arte de la concepción de las operaciones, y la tecnología, conjunto de conocimientos aplicados al arte naval, actúa la táctica, arte de la ejecución de las operaciones. Este elemento, la táctica, que es el nexo que une a los otros dos y les da realidad y sentido, se encuentra bajo la presión del avance tecnológico que amenaza, con su brillo e ímpetu, transformarlo en una técnica más y, eventualmente, relegarlo a la categoría de un proceso computable. Creemos que si bien es ocioso tratar de definir absolutamente los límites entre ambos y sus respectivas competencias, es conveniente analizar el tema para tratar de establecer sus características y la naturaleza de sus relaciones. A continuación se expone dos enfoques del problema.

EVOLUCION Y REVOLUCION

En su sentido más amplio, táctica es un conjunto de reglas a que se ajustan las operaciones militares (navales)¹.

Tecnología, es el conjunto de los conocimientos de un oficio mecánico o arte industrial (naval)¹.

Aunando ambas definiciones, la relación entre la táctica y la tecnología está dada por la necesidad de ejecutar operaciones navales que persiguen lograr objetivos definidos por la misión, mediante la aplicación de medios o artes técnicos, según reglas o procedimientos.

De esta relación se desprenden tres elementos, que serían:

- Lograr los objetivos, que materializan la misión;
- Medios técnicos para lograr esos objetivos;
- Reglas o procedimientos para aplicar esos medios técnicos.

La misión, a la luz de las capacidades del enemigo para oponerse a su logro, lleva a la determinación de la estructura y composición de las fuerzas navales e indica, desde una perspectiva esencialmente técnica, las

* Artículo remitido conjuntamente por dos colaboradores que acordaron enfocar el mismo tema desde puntos de vista diferentes.

¹ Diccionario de la Lengua Española, 19a. Ed. 1970.

armas y equipos necesarios. La táctica desarrollará, entonces, los procedimientos apropiados para su empleo en la ejecución de las operaciones y ocasionalmente planteará nuevos requerimientos técnicos, que emanan de la discrepancia entre la capacidad teórica de las armas y equipos y la realidad operacional.

La misión evoluciona ante las necesidades políticas y estratégicas propias y los cambios en las capacidades del enemigo. Los medios lo hacen como un producto del progreso científico y a veces orientados por los requerimientos de la táctica, la que a continuación desarrolla los procedimientos para el óptimo empleo de ellos. El conjunto está sólidamente trabado entre sí y el único elemento que puede ostentar primacía es el primero; lograr los objetivos que materializan la misión.

Así, la táctica, tal como la hemos definido, no debería sino seguir a la tecnología tan de cerca como pueda, esforzándose por obtener el máximo rendimiento de los medios y armas por ella creados. Pero el asunto es más complejo; los procedimientos tácticos se desarrollan mediante cálculos teóricos y comprobaciones operativas, pero son llevados a la práctica por hombres, y la aplicación real y eficiente de esos procedimientos tácticos está limitada por la capacidad humana de incorporarlos y asimilarlos con la rapidez y profundidad requerida por el vertiginoso cambio tecnológico.

Este cambio no es igual en todas las armadas del mundo. Algunas diseñan y producen por sí mismas sus armas y equipos, en una suerte de evolución constante en que simultáneamente coexisten buques y sistemas pertenecientes a distintas etapas del progreso tecnológico, lo que permite a sus comandantes y tripulantes evolucionar intelectual y psicológicamente en forma paralela a los medios que mandan y operan; también hay las que progresan a saltos en el acomodo mental de los usuarios, en sucesivas revoluciones tecnológicas que demandan tiempo y dinero para ser absorbidas, y que producen, durante el proceso, mermas de la capacidad para cumplir la misión.

El hombre conforma sus esquemas y procesos mentales en una etapa temprana de la vida, y luego incorpora nuevos elementos que enriquecen y alteran esa base, pero en la vida adulta los cambios radicales se producen con dificultad o simplemente no ocurren. Esto es válido en la aplicación de procedimientos tácticos, que cada vez más requieren de decisiones cruciales tomadas en breves lapsos, bajo presión e incertidumbre, circunstancias en que los juicios previos o prejuicios tienden a imponerse por sobre los conocimientos adquiridos más recientemente.

Mirado así el problema, la evolución, aún al precio de no estar en la vanguardia tecnológica, parece más eficiente para el logro de la misión que la revolución forzada y a veces traumática.

Resumiendo, se puede decir que la capacidad para lograr los objetivos definidos por la misión es el objeto y fin de las fuerzas navales, y que esta capacidad se sustenta en la tecnología y en los procedimientos establecidos para su empleo.

La táctica marcha a la zaga del cambio tecnológico, y más atrás aún marcha la asimilación e incorporación de esos procedimientos al pensamiento profundo e íntimo de los hombres. En los países que adquieren la tecnología y no la producen por sí mismos, ésta es obtenida por saltos revolucionarios, lo que dificulta aún más su asimilación produciendo, en el intertanto, una baja en la capacidad de la Fuerza para el logro de sus objetivos.

Lo anterior nos permite concluir que la asimilación, y consecuente mejor empleo táctico real de la nueva tecnología, se obtiene mejor cuando se efectúa por evolución; esto es, por modificaciones e incorporación gradual de elementos nuevos parciales. El perfeccionamiento de la capacidad de las Fuerzas puede provenir del progreso tecnológico o del progreso de la táctica, y no siempre la panacea es la primera.

Por último, la incorporación de tecnologías revolucionarias lleva implícita una baja inicial de la capacidad y un tiempo de absorción que debe tratar de ser determinado o, al menos, considerar estimativamente. Lo mejor puede llegar a ser enemigo de lo bueno, cuando se trata de estar en condiciones de combatir hoy y no mañana.

Las armas milagrosas no producen milagros; sólo lo hacen los hombres inteligentes, imaginativos, audaces y dotados de gran fe.

TACTICA Y EMPLEO DE LAS ARMAS

Aunque por conocido pueda parecer ocioso, estimase conveniente a nuestro propósito recurrir a las autoridades en la materia, con el fin de delimitar los campos de actuación de la estrategia y de la táctica.

Para Clausewitz, táctica es la teoría del empleo de las tropas en el combate para el fin de la guerra.

Jomini expresa que la estrategia incluye todo lo que entra en el teatro de la guerra, mientras que la táctica es el arte de combatir en el campo de batalla.

Por su lado, Mahan fijó la línea de separación entre los dos conceptos en el punto en que las dos fuerzas entran en contacto.

Castex indica que la estrategia guía a la táctica, dejándola en libertad cuando llega su hora.

Por último, citaremos a Liddell Hart, quien manifiesta que la táctica se desarrolla en el dominio del combate, mientras que la estrategia se propone reducir el combate a las proporciones más débiles.

Podemos concluir, pues, que la estrategia lleva consigo la idea de preparación para combatir, mientras que la táctica es aplicable a la ejecución del combate.

Continuando nuestro razonamiento podemos afirmar que el continuo, acelerado y desbordante progreso tecnológico afecta de modo decisivo al desarrollo de las nuevas y cada vez más perfeccionadas armas que van surgiendo casi cada día.

Cada una de estas armas exige un nuevo procedimiento para su utilización táctica. Aparecen, de este modo, las que suelen ser denominadas *nuevas tácticas de empleo*. Es así cómo la táctica parece ir a remolque de los avances técnicos, lo cual, por otra parte, suele dificultar extraordinariamente la posibilidad de establecer principios tácticos de carácter permanente, por falta de tiempo para lograr la experiencia necesaria e imprescindible.

Es decir, si ya no es posible subordinar las máquinas a la táctica, aquéllas pueden convertirse en dueñas absolutas del campo de batalla y el resultado podría llegar a ser una lucha irracional entre materiales, más o menos controlados por el hombre.

¿Cuál podría ser la respuesta?

Un ejemplo histórico reciente podría, quizás, iluminarnos. En 1970 el General W. Westmoreland anunciaba ante el Congreso de Estados Unidos: "Sobre el campo de batalla del futuro se localizará, seguirá y atrapará a las fuerzas enemigas casi instantáneamente, mediante el empleo del proceso de datos y la evaluación de Inteligencia por ordenador; se hará fuego artillero automatizado... Espero que el pueblo norteamericano confíe en su país y sepa aplaudir los esfuerzos tecnológicos que reemplacen al hombre por la máquina, siempre que sea posible...".

En Vietnam, laboratorio de esta clase de guerra, ha quedado suficientemente demostrado que el intento de reemplazar al hombre por la máquina ha fracasado.

El lector estará de acuerdo con nosotros si afirmamos que entre dos marinas de relativa y similar entidad material, alcanzará la victoria aquélla que cuente con mandos más capaces, aquélla cuyos jefes conduzcan a sus fuerzas de forma tal que alcancen la mejor posición táctica para el posterior empleo de los sistemas de armas disponibles. La movilidad aparece así como uno de los factores más importantes de la fuerza naval, que creemos no debe ser menoscabada en favor de otros conceptos quizá más discutibles.

Es decir, creemos que la táctica es algo más que la suma de todas aquellas tácticas de empleo de los diferentes sistemas de armas; es algo más que la simple integración de todos los procedimientos de empleo de las armas. La táctica va más allá. Por medio de ella el jefe evoluciona sus unidades con el fin de utilizar los sistemas de armas de sus buques en la forma más eficaz cuando se llega al contacto de los ingenios bélicos. Aparece así el jefe, el táctico, el hombre capaz de crear esas condiciones favorables.

Entendida así la táctica, de acuerdo con los conceptos expresados al inicio de este artículo, parecería que invadimos el terreno de la estrategia. Estamos de acuerdo con el Vicealmirante alemán W. Wegener, cuando afirma: "En tierra, la estrategia y la táctica se desarrollan en el mismo medio; en el mar, sin embargo, la táctica se encuentra en el agua y la estrategia, con su posición estratégica, está en tierra". Es decir, la estrategia se apoya en tierra, mientras que la táctica se desarrolla en el mar. El enorme avance tecnológico ha hecho aún más incierta la línea de separación entre los dos conceptos, que ya estaban especialmente indefinidos en la guerra marítima, como sabemos los marinos. Los progresos tecnológicos de todo tipo han incidido de tal forma en los sistemas de armas, que han hecho variar su naturaleza, y creemos que han hecho más cierta la afirmación de Wegener. Por ejemplo, no parece descabellado afirmar que la estrategia termina una vez que se ha tomado la decisión de adoptar una actitud ofensiva, para lo cual se acuerda atacar a la fuerza organizada enemiga en un lugar determinado. Desde el momento en que la fuerza organizada propia recibe esta orden, aun encontrándose en puerto, ya los movimientos del Almirante caen de lleno en el terreno de la táctica, y esto precisamente por la extensión del combate en el espacio y la disminución del tiempo para la reacción, que ha proporcionado el colosal avance tecnológico actual.

Como conclusión, creemos poder afirmar que así como los procedimientos y normas para el empleo táctico de los sistemas de

armas evolucionan constantemente, sin contar apenas con la experiencia apropiada para demostrar su bondad, el concepto de táctica se modifica con mucha mayor lentitud y únicamente cuando aquel progreso muestra que ha variado la naturaleza del problema táctico. Y ello porque cuando esto ocurre, el cambio también influye en la estrategia. Es decir, si los hechos tácticos se modifican de tal forma que tienen un carácter completamente distinto, la diferencia se transportará igualmente a los hechos estratégicos, para que, de este modo, estos últimos continúen siendo racionales y consecuentes; ya que si no ocurriese este reflejo podría darse el caso de que la desenfrenada carrera de armamentos de que actualmente disfrutamos, o padecemos, sin duda impulsada por el enorme y profuso avance tecnológico, produjese sistemas de armas de carácter poco conveniente y no coherente con las necesidades estratégicas y las posibilidades de la nación. Como afirma André Beaufre: "El papel de la estrategia consistirá en señalar a la técnica y a la táctica el objetivo hacia el cual habrán de dirigir sus investigaciones, ya que así apuntarán hacia el objetivo de la lucha: el logro de la decisión".

Por otro lado, como los avances tecnológicos de los diferentes sistemas de armas y sus normas de utilización suelen ser generados en otros países, sus procedimientos de empleo pueden ser aplicados sólo parcialmente en la mayoría de las marinas. Por ello creemos que cada armada tiene que desarrollar sus propios principios tácticos, que deben ser consecuentes con su carácter y estructura particulares.

Por último, no debemos olvidar que así como debe haber una estrategia nacional, del mismo modo debe impulsarse el establecimiento de una táctica igualmente nacional, de acuerdo con la idiosincrasia y necesidades propias, ya que la sensibilidad ante las pérdidas humanas y materiales, la reacción ante la sorpresa, los valores religiosos y morales, la resistencia ante las privaciones y el factor de incertidumbre, entre muchos otros aspectos, pueden variar grandemente de un país a otro.